

paña. Si por ello no se declaraban la guerra ambas naciones, era evidente que no existía verdadero estado de paz; Drake, aunque por su propia cuenta y con grave daño de Felipe, proseguía su lucha contra el



FRANCISCO DRAKE.  
(Según un grabado en cobre de Nicolás de Larmessin.)

emperador de las Indias, atacándole en las fuentes mismas de su riqueza. En 1558, todas las esperanzas de Felipe se cifraban en los tesoros procedentes del Nuevo Mundo, de cuya llegada ó pérdida dependía

mejorar ó deservir la situación del duque de Parma; quien á la sazón y á pesar del empeño en que se hallaba, tenía, respecto de las arcas reales, el quinto lugar para obtener dinero de ellas. El primer lugar correspondía á la administración española, propiamente dicha; el segundo á Francia; el tercero al Papa, y antes de que el de Parma pudiera cobrar un maravedí, todavía eran preferidos los gastos para una expedición á Inglaterra.

Drake, «el hombre temible para el rey de España», como decía Burleigh, «aquel en cuyos actos dominaba siempre la reflexión», según escribía el mismo duque de Parma, había saqueado y destruido varias ciudades del golfo de México. Entretanto, ¡cosa singular! proseguían las negociaciones secretas para la paz con España, deseadas vivamente por Inglaterra; de tal suerte que el duque de Parma se persuadió de la sinceridad del propósito, aunque él por su parte no desistiese de los suyos. Con el mismo sigilo que se negociaba el matrimonio de Isabel con el de Anjou, el de Parma proyectaba en Octubre de 1586 una invasión en Inglaterra. Todo parecía concertarse para secundar sus planes: Sidney había muerto en un combate cerca de Zutphen; Leicester, á la nota de sospechoso, unía el odio que le cobraron los Holandeses; Yorke y Stanley, encargados de la guarda de algunas plazas fuertes, las entregaron á los Españoles, perdiendo con esto la estimación de los hijos de Holanda. El duque de Parma adquirió la posesión de Sluys, puerto ventajoso para invadir á Inglaterra.

Así las cosas, Drake se dió á la vela el 2 de Abril de 1587 desde Plymouth, con cuatro naves de la reina y veinticuatro, sacadas de Londres y de otros puertos, para una expedición de piratería. Le esti-

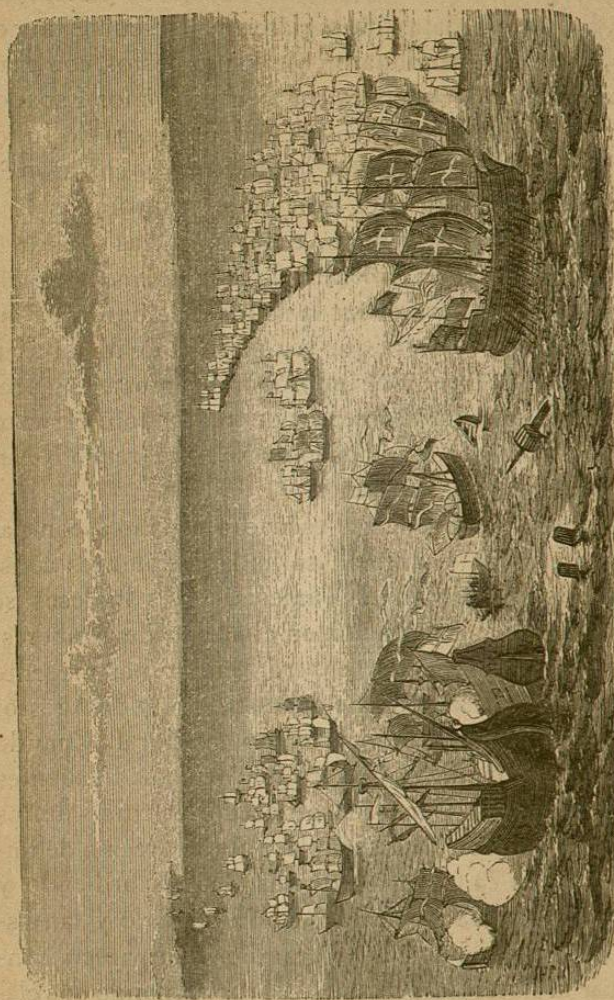
mulaban, además de la ganancia, el patriotismo. Ya había salido, y la reina le llamó precipitadamente. Á Isabel le importaba más otra cosa. Sabía que en Lisboa y Cádiz se acumulaban abundantes pertrechos de guerra y gran número de buques. Drake entró el 19 de Abril en el puerto de Cádiz, y después de destruir los materiales allí reunidos por Felipe, hizo rumbo á Lisboa y echó á pique un centenar de navés. Logrado esto y cargado de cuantioso botín, y habiendo *chamuscado*, como él decía, *las barbas del rey de España*, dió la vuelta á Plymouth, donde supo que Isabel desaprobaba su conducta. Sin embargo, á Drake se debe que la gran armada no emprendiese antes la famosa expedición.

Felipe y sus agentes, en el año 1588, supieron disimular sus designios. Aunque se decía que aquellos formidables preparativos marítimos estaban destinados al Nuevo Mundo, el objeto verdadero de la expedición no era desconocido, ni de los hombres de Estado de Holanda, ni de algunos de Inglaterra, incluyendo entre los últimos á Drake y sus piratas. Los Holandeses comenzaron bloqueando vigorosamente la salida por mar del duque de Parma.

La escuadra inglesa se componía de 197 buques, tripulados por 15.785 hombres. Diez navés eran de 1.000 toneladas y las demás de menos de 500. Los buques españoles sumaban 59.120 toneladas, variando entre 1.200 y 300, con 30.000 hombres de dotación<sup>1</sup>. La flota debía embarcar, además, 17.000 sol-

<sup>1</sup> Afirma Antonio de Herrera en su *Historia general del Mundo*, P. III, lib. IV, caps. 2 y 4, que la *Armada Invencible* se componía de 130 velas, entre galeones, naos, galeras, urcas, carabelas, pataches y pinazas, distribuidas en diez escuadras. El número total de soldados era de 19.295, de gente de mar 8.252 y de remeros 2.088.

dados del de Parma, para conducirlos á Dover. El almirante destinado á tal empresa, era el renombrado



LA ARMADA ESPAÑOLA.

do marino marqués de Santa Cruz, sustituyéndole, á causa de su muerte, el ignorante duque de Medina

Sidonia. La escuadra se dió á la vela en Lisboa, á fines de Mayo; se detuvo en la Coruña esperando que la mar estuviese tranquila; salió el 22 de Julio, y el 29 divisó las costas de Inglaterra. Descubierta por los Ingleses, abandonaron éstos sus puestos, con gran número de buques, para cortar el paso á los Españoles. El primer encuentro fué el domingo 31 de Julio; y el sábado, 6 de Agosto, los Españoles entraron en Calais, esperando para salir ocasión favorable. Los Ingleses, que los seguían, echaron anclas á milla y media de distancia, mientras la flota holandesa guardaba su costa para evitar la salida del duque de Parma, ó al menos, para que se uniese al de Medina Sidonia. En previsión de un próximo combate, y aprovechando aquellos momentos de tregua, lord Howard convocó á consejo, á bordo de la nave real (*Royal Ark*) á todos sus capitanes.

Propuso acometer á la escuadra española con navios infernales. Gianibelli se hallaba entonces construyendo fuertes en el Támesis, y los Ingleses se acordaron de su invención en el asedio de Amberes. Los Españoles, como se verá, tenían más presente aquel suceso. En la noche del domingo, 7 de Agosto, se vieron señales de un próximo temporal. Cuando la densidad de las nubes era mayor, más frecuentes los relámpagos y más ensordecedor el ruido de los truenos, notaron los Españoles, que aparecían de improviso, en la oscuridad, seis buques ardiendo y avanzando hacia sus líneas. Lo inesperado y fantástico de la aparición, á cuya grandiosidad parecía contribuir la naturaleza misma, desencadenando sus elementos en una lóbrega noche, produjo un momento de terror en los Españoles. Oyéronse voces que gritaban: ¡*Las máquinas infernales de Amberes!* y al terror

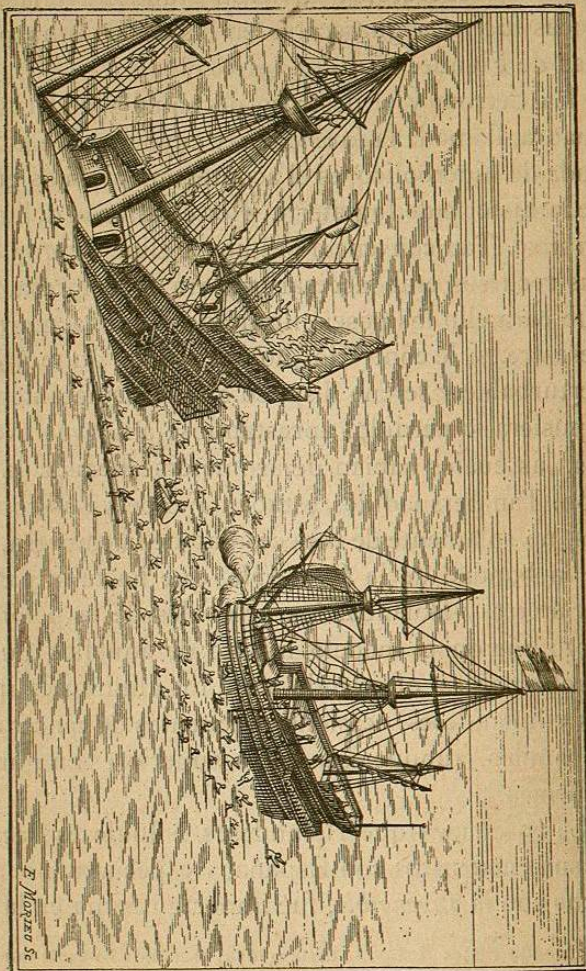
sucedió el pánico. Rompieron las amarras para huir de aquel enemigo con quien era imposible la lucha. Algunas naves lograron salvarse, otras se quemaron, muchas zozobraron ó tuvieron grandes averías, y no pocas fueron á guarecerse en las costas inhospitalarias de Flandes <sup>1</sup>.

La derrota y el destrozo de aquella poderosa escuadra, llamada la *Invencible*, y cuyo nombre no tiene nada de hipérbolico, es el acontecimiento más grande de la historia de Inglaterra. Por esta razón debía describirse. Tan convencido estaba Felipe de que todos sus recursos eran necesarios para la empresa, y de que para ello los poseía ilimitados, que la nueva del desastre, si le contrarió, no le turbó el ánimo; é imperturbable y sereno dispuso que inmediatamente se repusiera lo perdido, aprestándose á nuevas aventuras, las cuales habian de acometerse llegada la ocasión. Tan persuadidos estaban Felipe y sus consejeros, no solamente de la necesidad de la empresa, sino de la bondad de la *Invencible*, que hasta la paz con Inglaterra y Holanda, los arsenales de la península reprodujeron el modelo mismo de aquellos buques ingobernables, ofreciendo así á los almirantes ingleses y holandeses, ocasiones frecuentes de vencer á los Españoles, aunque eran éstos superiores en número y fuerzas.

La enseñanza que Holandeses é Ingleses sacaron de sus encuentros con España, y especialmente de la lucha con la *Invencible*, fué importantísima en la his-

<sup>1</sup> Cuando Felipe II supo la triste nueva, exclamó: *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos*; añadiendo después: «Doy gracias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida; y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas, con tal que quede el árbol de donde han salido y de donde pueden salir otras.»

toria de ambos pueblos. Adquirieron el íntimo convencimiento de que uno y otro eran invencibles por mar; convencimiento, que diferentes sucesos próspe-



COMBATE ENTRE UN GALIFÓN ESPAÑOL Y UN BUQUE HOLANDÉS.  
(Martín de la Guardia.)

ros, ocurridos en el transcurso del tiempo, arraigó profundamente en los ánimos. En cuanto á Inglaterra y á su reina Isabel, no había dudas acerca de la con-

ducta observada por la política española. Convencidos Holandeses é Ingleses de la manera de obrar de Felipe y de que podían rechazar sus acometidas, convinieron en destruir sus fuerzas, acosándolo en las apartadas regiones del Nuevo Mundo, de las cuales sacaba las riquezas, que luego empleaba en alimentar guerras europeas.

Después de la tregua del año 1609, Holanda emprendió la guerra contra las posesiones ultramarinas españolas, enseñando á los demás pueblos que los dos grandes océanos no eran lagos, reservados únicamente á su Majestad Católica. Lo propio sucedió con Inglaterra. Si bien el presuntuoso y débil Jacobo Estuardo, al suceder á Isabel en el trono, se apresuró á suscribir la paz, ésta se entendió únicamente á Europa; en lo demás, los Ingleses procedieron en conformidad con el proverbio: «Con España siempre en línea de guerra». Con sus continuos esfuerzos, lograron empobrecer y arruinar la monarquía, que Felipe soñó convertir en imperio universal.

Sin embargo, cuando España tenía acabadas sus fuerzas, se la temió. Muchas veces el recuerdo de un pasado poderoso, ampara tristes realidades presentes. Cromwell, á pesar de su perspicacia, siempre creyó que España era un peligro para Europa, cuando de su grandeza sólo quedaba la memoria. No obstante, la nación española no cesó de ser el terror de los hombres políticos, hasta que la ambición de un monarca la redujo al último extremo.